

CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE CHILE, DON PEDRO
AGUIRRE CERDA.-

Señor Presidente:

Acabo de recorrer su hermoso país, en todas sus latitudes, de geografía y de alma, y mi corazón de uruguayo ha sido mordido por la amistad a su patria en este corto y encantado viaje de congresal.

Entre los hechos que hacen inolvidable este viaje, está la visita que le hiciera a Vd. en compañía de la delegación uruguaya; y no por la atracción a las alturas -que jamás la he sentido- sino justamente porque en esa alta posición Vd. pudo acercarse á nuestra humilde posición de viajeros para hablarnos, de igual a igual, de americano á americano, de los vivos problemas de su patria.

Por eso es que hoy me decido, sin vacilaciones, a utilizar un procedimiento inusitado: el de dirigirme desde mi modestísimo puesto de viajero hasta su elevado cargo de primer mandatario de un país hermano. Así, esta carta abierta, que va a cruzar ríos, valles y cordilleras para llegar a su lado, sólo aspira a entregarle algo así como los ecos que en mí despertara su emocionado relato. Creo que América debe ser una unidad espiritual, en esta hora ensombrecida. Y en esa unidad deben fundirse los altos anhelos que laten en todos los corazones americanos. Ayer estuvieron latiendo, el suyo en emocionada exposición de su programa básico de gobierno, y el mío en la subyugada, devota atención. Hoy este corazón -por simple gratitud- es el que se empeña en hablarle a Vd. a través de la inmensa distancia, y sólo pide, en retribución a lo que en su viaje ha ganado, hacerse oír desde lejos, como reanudando el coloquio de aquella mañana en que por respeto debió mantenerse callado.

Crea Vd. que su exposición, llena de firmeza, no cayó en despreocupados oídos de turistas. Y que encendiendo esos ideales, -que siempre se guardan y que en los viajes parecen acrecentar su vuelo-, sobre el magnífico destino de América, sus palabras plenas de verdad se volvieron nuestras palabras, después del día del encuentro. Es así que uno de los problemas que Vd. nos planteara -el de la en-

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

CONFIDENTIAL

1. The purpose of this document is to provide a comprehensive overview of the current state of the project and to identify the key areas that require attention.

2. The project has been initiated in order to address the growing need for a more efficient and effective system of data collection and analysis.

3. The initial phase of the project has been completed, and the results of the initial data collection have been analyzed.

4. The analysis has revealed that there are several key areas that require attention, including the need for more accurate data collection methods and the need for more effective data analysis techniques.

5. The project team has identified several potential solutions to these problems, and a plan of action has been developed.

6. The plan of action includes the implementation of new data collection methods, the development of new data analysis techniques, and the training of project staff in the use of these new methods and techniques.

7. The project team is currently working on the implementation of the plan of action, and it is expected that the project will be completed by the end of the year.

8. The project team is confident that the implementation of the plan of action will result in a more efficient and effective system of data collection and analysis, and that this will lead to improved project outcomes.

9. The project team is also aware of the need for ongoing monitoring and evaluation of the project, and it is committed to ensuring that the project remains on track and that the results are as effective as possible.

10. The project team is grateful for the support and assistance of all those who have helped with the project, and it is looking forward to continuing to work with them in the future.

señanza arrancada del consumo y volcada en la producción- me ha dado motivo para comentarlo con ilustres personas de mi país. Y le cito en primer término al Dr. José F. Arias, Director General de Enseñanza Industrial, el que guarda en su última revista un hermoso pensamiento que Vd. recién le remitiera, y quien coincide en sus trascendentales puntos de vista. También el Dr. Arias sueña y lucha por lo que él ha llamado "Universidad del Trabajo", para darles a las juventudes nuevas esa capacidad de creación: enseñar siempre para el continuo producir, y no para el consumo egoísta. Producir mucho con las manos hábiles y dóciles del pueblo; y también con el vivo e iluminado espíritu.

Pero no es misión de esta carta el glosar la trascendencia que le adjudico a los puntos sustanciales tratados en su conversación. Ella lleva otro osado propósito. Y es el de entregarle para sustentación de sus programas, una idea que desde hace tiempo vive encendida en mi cerebro, y que por un raro ocaso encontré en el mismo suelo de Chile un ambiente de amplia resonancia. Los que tenemos la inveterada costumbre de soñar -y quiero colocarlo a Vd. en primera línea entre los que cuidan ese hábito que mantiene y fortifica los propósitos- llevamos siempre, junto a los sueños, una idea que se nos ocurre salvadora. Yo creo hoy que esa idea -que en manera alguna es mía, pero que como mía la considero por haberse arraigado a mi vuelo espiritual- puede darle un nuevo y glorioso rumbo al destino de América. Así quiso la suerte que encontrara en Santiago un ilustre catedrático de la Facultad de Derecho que lleva como yo -mucho mejor que yo por su alta capacidad jurídica- también arraigada en su mente de chileno la misma idea. Ese ilustre catedrático es el Dr. Jorge Gustavo Silva.

Pero, ante todo, he de poner orden en esta exposición. Así es que empiezo por decirle que todos los grandes anhelos de mejoramiento social se quiebran por su base en cuanto se toca el problema económico. Son como castillos con cimientos de barro. Sin el holgado aporte económico, salud del pueblo, educación del pueblo, bienestar del pueblo, es imposible alcanzarlos. Así tocamos a los medios legítimos y científicos para lograr darle una base financiera a todos los planes. Y llegamos a la forma de tributación imperante en los

países de América, encontrándonos ahí con el caos y con la injusticia. Mientras todas las técnicas sociales han sido revistas, transformadas y revolucionadas, la técnica tributaria ha permanecido estable, y cada vez más complicada y absurda. Incide sólo sobre el trabajo y la inteligencia; castiga duramente al pueblo: en su alimento, en su vestido, en su casa, en el mismo aire que respira. No hay manifestación nueva de la actividad o de la inteligencia humana que no sea atrapada ferozmente por el impuesto para arrancarle el duro tributo exigido por las arcas fiscales.

Mientras tanto, una fuente de riqueza vive intacta y olvidada. La primera fuente de riqueza de donde surge todo lo que crea el hombre -la tierra- se mantiene casi intocada por el impuesto. Paga, sí, un levísimo impuesto inmobiliario que también engloba la mejora hecha por el hombre: la casa, la fábrica, la máquina y todo lo que se planta sobre el suelo. Pero este impuesto, así -además de injusto-, no cumple su verdadero destino: ser la base única del tributo de la sociedad, y obtener del bien social -la tierra valorizada- el único impuesto para alimentar todos los presupuestos del gobierno.

Existe así una fuente de recursos para el Estado: el valor social de la tierra. Aquel valor que le da la comunidad en progreso y que no es la obra exclusiva del propietario del suelo. Rescatar ese valor que no lo da el hombre, sino la acción social, es la legítima y ecuánime función del impuesto al suelo libre de mejoras.

En su exposición del otro día, Vd. no tocó ese tema. Pero recuerdo que algo habló Vd. de la tierra, y dijo (si mi memoria no es infiel) que todo el suelo de Chile estaba en manos de un cinco por ciento de la población. No sé con qué motivo Vd. recalcó este crudo porcentaje, de la tierra de Chile en el dominio de pocas manos que la hacen producir, sino de las manos en avidez de ganancia y de especulación. Pero me hace pensar, su insistencia en el dato, que ya Vd. ha percibido esa injusticia social que constituye hoy la rémora del progreso y que explica los males de la hora: desocupación obrera y miseria, y, si hurgamos más, hasta la guerra monstruosa que agota al Mundo. Y quizás estas ideas que ahora expongo en forma asaz escueta e imperfecta, hayan germinado o estén germinando en su noble espíritu.

La esencia de esta revolución económica está en la doctrina de un gran americano del norte, Henry George; y también la alentó otro gran americano del sur, Rivadavia, en su obra "La Enfitéusis". Las nuevas doctrinas impositivas han sido probadas con un éxito extraordinario en Canadá, Australia y Nueva Zelandia. La guerra de 1914 paralizó sus adelantos. La guerra actual, con su post guerra, que promete por todos lados el inevitable cambio social, tendrá forzosamente que allegarse a sus fuentes.

He ahí el verdadero móvil de esta carta abierta. No quiero robarle tiempo insistiendo en argumentos para la defensa de esta nueva y salvadora forma tributaria. Encierro la firme e inquebrantable convicción de que ese es el camino para llegar a una nueva justicia social. Y a Vd., el mandatario inspirado por los más altos ideales, he querido enviarle esta sugestión alejada. Alejada en mí -habitante de un suelo a miles de kilómetros del suyo-, vecina en su propia tierra, porque allí vive en la sencillez de su cátedra, la persona ya mencionada que, ella sí, en el magisterio, en el discurso, en la obra de congresos, en los folletos y en los libros, le ha entregado el puro ardor de toda su vida.

Por eso mi palabra de hoy, que va imprecisa, pero llena de fervor hacia su lado, busca encender, como una brasa, esa nueva convicción en su espíritu.

Mi convicción de ahora -afirmada en una etapa de la vida en que, apartado de los halagüeños llamados para la propia ventura, se ansía dar algo para la humana ventura- se la debo al haberme formado al lado del doctor Manuel Herrera y Reissig, que vivió y murió con ese sueño llevado al apostolado. Y hoy quiero poner en esta carta su nombre -aquí en mi tierra también olvidado- al lado del nombre del catedrático chileno que a la distancia, ha mantenido encendida, -como la antorcha de la leyenda griega-, esta doctrina que un día fugaz iluminara el ambiente científico de mi patria.

Pienso, al concluir esta carta, que el Destino, a veces por obra de sus actos más insignificantes, cambia el derrotero de las vidas. Y así quiero alentar, desde lejos, la esperanza de que su vida, entregada al bien de la patria, podría encauzarse en esta ruta olvi-

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

dada por todos y donde residen los puros medios de alcanzar una forma
-quizás la única- de darle a América la prometida y ansiada justicia
social.

Me es grato saludar a Vd. con mi más alta consideración y estí.
ma.-

C.A.Herrera Mac Lean.

Conta abrentz
a Agunce benda